



DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS

MADRID.

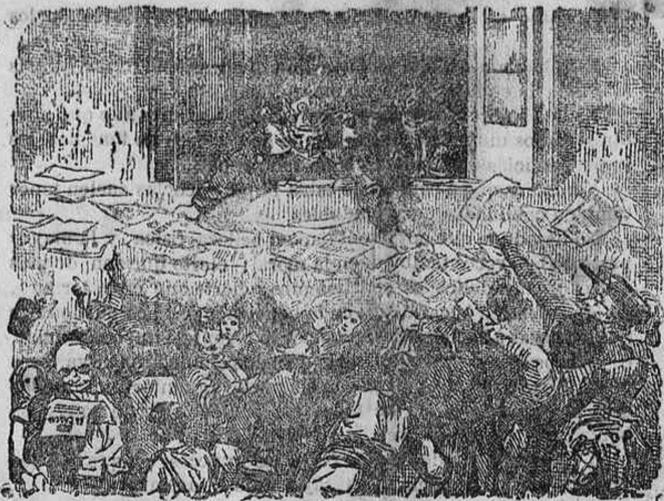
Tres meses. 9 rs.
 Seis id. 16 »
 Un año. 30 »

PROVINCIAS.

Tres meses. 10 rs.
 Seis idem. 18 »
 Un año. 34 »

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS

EXTRANJERO.

Tres meses. 22 rs.
 Seis id. 38 »
 Un año. 74 »

Francia.— Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.
 Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. núm. 100.

AMERICA.

Seis meses. 33 rs.
 Un año. 70 »

FILIPINAS.

Seis meses. 60 rs.
 Un año. 100 »

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo

EL CASCABEL.

DIRECTOR PROPIETARIO D. C. FRONTAURA.

POLITICO Y LITERARIO.

ADMINISTRADOR D. F. PEREZAGUA.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

COSAS DEL DIA.

—Adios, amigo mio; ¡cuánto gusto tengo en ver á V.! ¿Y la señora y los niños?
 —Muy bien, pero...
 —Está V. muy bueno, muy guapo.
 —Sí señor, pero...
 —Me consuela dar la mano á un hombre tan hourado como V., y tan buen patriócio.
 —Muchas gracias, pero...
 —¿Tiene V. algo...? ¿Quiere V. que le lleve en mi coche á ver al médico mio?..
 —No señor, no estoy malo; lo que siento es asombro al ver que V., que le costaba trabajo saludarme hace un año, cuando vivía V. de la munificencia de aquella señora que ocupó el trono...
 —¡Calle V. por Dios!..
 —Me parece que tengo razon de asombrarme.
 —Crea V. que si entonces iba frecuentemente á palacio, lo hacia solo por convencerme por mis propios ojos de las picardías que allí se hacian... ¿Vá V. á votar?
 —Sí señor.
 —Pues nada le digo á V.; yo soy candidato en este distrito y siempre he contado con V. Si me vota V., tendrá libertad, economías, orden, libertad de cultos, de bancos, de bolsas, matrimonio civil, libre-cambio, trabajo.
 —Trabajos y a pasamos bastantes los contribuyentes...
 —¡Ah! y votaré para rey á Espartero, que es medio primo segundo de una tia de mi mujer...
 —¿Entonces vá V. á pertenecer á la familia reinante?
 —Sí señor, y V. será recompensado como merece.
 —Gracias... Pues voy, voy á votarle á V...
 —Váyase V. por casa, que tenemos mucho gusto en verle.
 —Bueno, bueno. (Antes voto al aguador que me echa el agua.)

—Viene V. á votar, ciudadano carbonero?
 —Sí, señor; *man dicha que delu votar, y vengu á ver qué es esu.*
 —Trae V. la candidatura, ciudadano carbonero?
 —Lo que es la *criatura* no la traigo, porque hasta que me case en Reus, que dicen que se casa *unu* de balde...
 —Digo que á quien vá V. á votar.
 —Diré á V.: ¿qué es votar?
 —Tome V. este papelito, entre V. en la sala y se lo dá V. al presidente.
 —¿Y si me llevan *presu*?
 —Hombre, no sea V. bruto.
 —¡Calle! Aquí dice D. Emilio Castelar! *Cuandu* vivía en la plaza del Rey le servía yo el carbon.
 —Es un defensor del pueblo.
 —¿Sí? Pues yo nó le *votu* porque es muy *señurito* para mí.

—Oiga V. ¿Quiere V. casarse de balde y por una temporada, con arreglo á las bases del matrimonio civil?
 —Sí señor; me conviene.
 —¿Quiere V. no reconocer Dios ni ley divina alguna, ni ir á misa, y hacer lo que se le ponga á V. en el magin, y ser luterano, proudhoniano, y hasta antropófago?
 —De veras?
 —¿Quiere V. todas las libertades, derecho al trabajo, derecho á todo lo que hay en el mundo, etc., etc.?
 —Sí señor.
 —Pues vóteme V. á mí.
 —No, señor; primero voto al portero de mi casa, que es un hombre de bien, buen hijo, buen padre, buen esposo, liberal de corazón y hombre incapaz de hacer daño á un gato, y buen cristiano.
 —Ciudadano, ¿quiere V. ser elegido diputado?
 —Sí señor.

—¿Votará V. la república?
 —Sí señor.
 —¿Se compromete V. á no aceptar destino alguno mientras viva?
 —Sí señor.
 —¿Se compromete V. á casarse en Reus?
 —No señor; porque yo soy casado en la parroquia de San Márcos.
 —¿Se compromete V. á casarse en Reus, cuando enviude?
 —¡Hombre! no pienso casarme otra vez, si tuviera esa desgracia.
 —Pero en caso de mudar de parecer, ¿se casará V. en Reus?
 —¡Hombre! eso no depende de mí...
 —Bueno; si se casa V. en otra parte, tiemble V... ¿Se compromete V. á no tener en su familia pariente alguno con sueldo del Estado...?
 —¡Hombre! no señor; yo no tengo nada que ver con mis parientes.
 —¿Se compromete V. á dejarse matar ántes que tolerar que haya un cura para un remedio...?
 —No señor.
 —Entonces no puede V. ser mi candidato.
 —Ni V. mi elector; porque V. ni es liberal, ni republicano, ni cosa que lo valga; sino un *quidam* que ni entiendo lo que es república, ni lo que es monarquía, ni lo que es tolerancia; y debe usted meterse en su casa y no en lo que no le importa.

—¿Qué tal, esposo mio?... ¿Qué tal vá tu eleccion?
 —Hija, muy mal, no salgo.
 —¿Pues cómo?
 —Vengo indignado. ¿Querrás creer que no creen los electores nada de lo que digo en mi manifesto?...
 —¿Qué picardía!
 —Ya ves, que he ofrecido no tomar empleo alguno, como lo he ofrecido siempre en otras elecciones, y si luego he tomado destino ha sido por puro patriotismo, como lo tomaría ahora si fuese elegido y el gobierno considerase útiles mis servicios.
 —Es claro.
 —A un elector muy influyente, que es cabo de serenós, le he ofrecido un empleo proporcionado á sus luces, y ¿sabes qué me ha contestado?
 —Alguna barbaridad.
 —Me ha dicho que á él no le compra nadie, y que vá á votar á Cabrera.
 —¿Y los inquilinos de la casa que administras?
 —No hay que contar con ellos, porque dicen que no les dejo respirar cuando acaba el mes.
 —Es decir, que no sales.
 —Me parece que no.
 —Despues de haber ofrecido colocar á mi hermano y tus primos, y á mi papá, y á toda la familia...
 —¿Qué quieres? Ahora se hila muy delgado.
 —Ya verás cómo de los diputados que vengan, muchos toman destino y todo lo que se ofrezca.
 —Ya estoy convencido de eso; los diputados que lo van á ser por primera vez seguirán el ejemplo de sus mayores en edad, saber y gobierno y costumbres políticas.

—Tome V. esta candidatura.
 —Tome V. esta, que la de ese señor es de neos.
 —No señor, es de monárquicos puros.
 —A mí no me gustan los puros.
 —Tome V. esta de independientes.
 —Sí, ya la he visto; el que mas y el que menos está ya pensando qué negocio hacer, protegido por el gobierno.
 —Tome V. esta de republicanos, que nunca han sido nada.
 —¡Malo! Querrán ser muchos.
 —Tome V. esta.
 —Esa no, esta.
 —¡Esta!
 —¡Esta otra!

—Ea, caballeros, yo soy ya mayor de edad y no necesito que nadie me diga lo que tengo que hacer. Yo traigo aquí mi candidatura y no necesito que nadie me la imponga.
 —A ver.
 —A ver.
 —No, señores; el secreto de la eleccion es sagrado. (Ahora iría á enseñar mi candidatura, en la que traigo mi nombre, el de mi hermano y los de mi cuatro tíos y hasta el de mi suegra.)

LAS SOLTERONAS.

(Coleccion de retratos fotográficos.)

RETRATO QUINTO.

Ahí la tiene V. No falta un día á la Castellana. Algunas veces va muellemente reclinada en un carruaje al lado de su tia, propietaria del coche, y dirige de vez en cuando miradas altivas á los ginetes que pasan galopando (los ginetes no, los caballos), *cabe* la portezuela de la carretela.
 Sin embargo, no consigue nada.
 La pobrecita está ya de capa caída, pasó su época, la época aquella en que llegó á ser la mujer de moda, ó la reina de los salones y del buen tono, si Vds. quieren.
 Ahí donde Vds. la ven, aunque ahora solo se ocupa en vestir imágenes, tuvo en su historia antigua una temporadita repleta de satisfacciones, y llegó á soñar un marido especial, no muy bonito, pero si empaquetado en pergaminos y títulos de nobleza.
 Esta chica, á pesar de su belleza, que tambien pertenece á la historia, no inspira compasion, porque si á tal estado se ve reducida, culpa es de su escesiva vanidad, de su desmedido orgullo.
 ¿Quiere V. saber su historia, amigo lector? Escuche V.
 Esta niña se llama Pepita y es hija de la marquesa del Merengue, señora muy encopetada, que no ha querido estrechar nunca la mano de los que no son nobles como ella; que ha educado á su hija en estas ideas, y que tiene por lo tanto la mayor parte de la culpa si Pepita no ha podido encontrar todavía el hombre que la corresponde.
 La marquesa del Merengue es una de esas señoras que se desdennan de alternar con la gente de poco mas ó menos, aunque no tenga mas títulos para ser orgullosa, que los papeles viejos que heredó de sus antepasados, y que conserva muy bien empaquetados (para que tengan *empaque* los papeles tambien) en una carpeta rodeada de dos varas de balduque.
 La marquesa del Merengue no ha podido consentir nunca que un hombre honrado, pero *plebeyo*, la dirija la palabra, y ha evitado que su hija se *democratice*, diciéndola siempre consejos tan saludables, que merced á ellos es hoy Pepita una mujer insoponible, como lo fué cuando se hallaba en estado de merecer... una buena leccion.
 La marquesa del Merengue colocó á la hija, desde sus primeros años, en un colegio de señoritas nobles, y allí la enseñaron á distinguir las clases de sangre que se conocen; es decir, la sangre azul, de la colorada, y á tener siempre la cabeza muy empingorotada y el aire de tacho.—En aquel colegio la dieron nociones de heráldica y aprendió á estimar en lo que *valen*, los blasones y títulos conquistados por los que hicieron algo para merecerlos, y que ella supo apreciar, como si á ella se hubiesen concedido.
 La marquesa del Merengue, presentó á su hija en los salones aristocráticos, cuando salió del colegio, y dió por bien empleado el dinero invertido en la educacion de Pepita, cuando la vió saludar á sus amigos los condes y marqueses, con aquel aire distinguido tan propio de la familia toda.—¿Qué importaba lo demás! ¡aunque Pepita no supiese arreglar la casa, ni hacer un ligero respunte, no se compensaba todo con lo que había aprendido para conservar siempre su nombre y su título á respetable distancia del vulgo de las gentes?
 Efectivamente; Pepita podía llevar el título de marquesa del Merengue, que á la muerte de su madre debe heredar, y aunque

no demostrase en sus buenos tiempos toda la *dulzura* que el título requiere, tenía mucho adelantado para alternar dignamente con todos los títulos del reino y extranjeros.

Por aquel tiempo, ¡qué tiempos aquellos! Pepita, la futura heredera del marquesado del Merengue, era lo que se llama un *bocatto di cardinali*, una chica muy sandunguera que llamaba la atención en todas partes, aunque la atención no es de las cosas que con más facilidad se llama. Iba al teatro y ya estaban todos los gemelos de los concurrentes asustados á su cara. Salía á paseo y todo el mundo volvía la cabeza para contemplarla. Daba reuniones del mejor tono conocido en las obras musicales, y los revisteros de salones la prodigaban todo género de frases azucaradas.

Pero la niña, como digo, era muy vanidosa y solo cruzaba las clásicas frases con algun vizconde estirado, ó con algun baron de veras.

Y entonces fué cuando Pepita empezó á trabajar sin pensarlo en su propia ruina, y á dar que sentir á muchos pollos, sin pergamino, que se enamoraron de ella hasta la médula de los huesos.

Acostumbraba la mamá de Pepita á llevar á tal exajeracion sus ideas de nobleza, que no permitía la entrada en sus salones á ningun jóven que no presentase un título de vizconde ó de marqués, ó que por lo menos no hubiese probado la limpieza de su sangre, no sabemos si por medio de una sangría, como dice Frontaura.

Es lo cierto, que muchos de los adoradores de Pepita, buenos chicos todos ellos, hijos de familias honradas, pero que no tenían más títulos que el de abogado ó el de bachiller en artes, perdieron la esperanza de hablarla, porque ni en la casa los querían recibir, ni ella atendía sus frases amorosas; cuando en algun otro salon se encontraban por casualidad.

Uno de ellos se atrevió á escribirla, y despues de muchos tropiezos y de gastar algunos cuartos, pudo conseguir que el mayordomo entregase la epístola á la señorita.

El corazon de aquel muchacho latía con una violencia bastante regular, esperando la contestacion.

Apostado en el portal de enfrente á la casa de Pepita aguardó la respuesta que tenía el encargo de traer el mayordomo. De pronto Pepita salió al balcon, vió al pollo, y haciendo mil pedazos el billete lo arrojó á la calle, y dejó al muchacho petrificado, con una mirada que contenía una serie dilatada de reconvencciones.

El amante no volvió á presentarse por las inmediaciones de aquella casa.

Por el estilo fué repartiendo Pepita una coleccion de calabazas á los que sin pertenecer á su clase tenían el insolente atrevimiento de decirle amores.

¡Cómo habia de consentir estas desigualdades! Ella no podia dejarse amar por hombres de poco mas ó menos, sino por *aper-gaminados* personajes, aunque no fuera cosa bien probada su honradez, y aunque sus recursos metálicos corriesen parejas con los de Carcunda, vamos al decir.

Pero la chica tuvo desgracia, porque los que tanto la trataron en la buena sociedad y se enteraron mas tarde de que solo con papeles mojados contaba (porque con el tiempo se acabó la fortuna que tenía su madre, á fuerza de dar bailes y *buffet* adyacentes), no pensaron en casarse con ella, á pesar de que el marquesado del Merengue á muchos hacia cosquillas, y las daba una *sed* de regulares proporciones.

Así se fueron pasando los años. Ultimamente, me consta que solo á los bailes que dan las amigas de su clase asiste de vez en cuando con su mamá, que los recursos se han limitado á una expresion mínima, y aun seminima, porque solo cuenta... lo que tuvieron, á algun amigo de confianza, y que reducida á lo que produce una casa solariega, que produce mas desazones que dinero, lleva una vida muy estrecha en su casa, y se gasta lo poco que tiene, aconsejada por su mamá, en comprar algun vestido, para que las apariencias oculten su verdadera posicion.

Hoy como he dicho, sale á paseo en el carruaje de una tia suya que le hace este favor, y no ha perdido aun su vanidad porque eso está en la masa de la sangre.

Sin embargo, la cosa ya no tiene remedio. Por su orgullo excesivo, se ve soltera y vieja, aunque lo procura disimular cuanto puede. Todavía espera casarse con algun marqués de la Bobadilla y desdeña á los pollos *plebeyos* que ni siquiera se fijan en ella.

Vanitas vanitatis et omnia vanitas!

Pepita ha venido tambien á mi fotografia; pero no buscando un marido cualquiera, sino algun conde ó cosa así, aunque sea viejo.

¿Hay por ahí alguno que la quiera?

Cuando se ha marchado no se ha querido humillar hasta el punto de saludarme.

¡Y á mí qué! La mujer orgullosa no ha merecido nunca mis simpatías.

RICARDO SEPÚLVEDA.

LAS SUEGRAS.

Hoy nos toca hacernos cargo de las suegras en nuestra calidad de cronistas y panegiristas de todos los parentescos.

Mucho se ha dicho de las suegras, y mucho queda todavía por decir.

Lo cual prueba que las suegras han dado bastante que hablar en todos tiempos.

No somos nosotros los que pretendemos decir la última palabra en el asunto.

Formular las grandes verdades de una manera permanente, que pase de una generacion á otra, que encarne en su expresion toda la grandeza que enciernen en sí las mismas, no es empresa que esté reservada á nuestra débil pluma.

Otros la acometerán con mas acierto, y esos otros serán seguramente los maridos, que son la parte doliente en este asunto.

Nosotros, desgraciada ó afortunadamente no lo somos todavía.

A nadie se le ha ocurrido, que sepamos, quejarse de los suegros.

Esto habla muy alto en favor de tan apreciable clase, y mas alto todavía en favor del sexo masculino.

Nada, es necesario que se convezan las señoras, de que nosotros somos muy buenos, ó de que á lo menos no tenemos las impertinencias que á ellas les son tan propias.

Verdad es que á cambio de estas impertinencias suelen tener tambien cualidades muy laudables.

No hay duda que nos aventajan en belleza fisica, y la mayor parte de las veces tambien en la moral; cierto que son de mas dulces y mas delicados sentimientos; cierto que en la ternura, en la piedad, en la caridad y en la benevolencia, nos pueden dar quince rayas á los hombres; pero por lo tocante á impertinencias, es una cosa que... ¡vamos! no lo decimos en mengua suya, pero muchas veces se ponen que solo las puede aguantar Dios que las crió, y que es la suma de todas las paciencias y de todas las bondades.

Y esto es hablando en general de las mujeres; conque si á las suegras fuésemos á referirnos, ¡ayúdeme V. á sentir!.

Conque... basta de digresiones, y entremos de plano en el asunto.

Si por algo se ha establecido en el lenguaje familiar, viniendo á quedar en él como un proverbio la frase de que «el que se casa quiere casa,» es por las suegras.

Se puede vivir con todo el mundo, hasta con los acreedores de uno mismo; hasta con una patrona de huéspedes de las de á 8 reales con principio; hasta en una casa de vecindad; pero vivir con la suegra, eso sí que no se puede.

Es decir, si la suegra no tiene una posicion independiente y ha de vivir como suele decirse á *cara* de su yerno, entonces la suegra modera algun tanto sus instintos belicosos; pero si ocupa una desahogada posicion, el diablo que la aguante.

Entre las suegras las hay de muy diversas condiciones.

Para mayor claridad las clasificaremos:

- Suegras de piston.
- Suegras de cataplasma.
- Suegras de sinapismo.
- Suegras de comparacion.
- Suegras de nivel.
- Suegras políticas, y
- Suegras diplomáticas.

Las de piston son aquellas que se disparan pronto; que por un quitame allá esas pajas, se amontonan y riñen con el yerno, aunque dejando en todo caso á salvo su derecho de visitar á la hija y hacerles todas las prevenciones, reflexiones y observaciones consiguientes al *estado de guerra* declarado.

Las de cataplasma son bonachonas en lo general, si es que tal calificativo puede nunca ser aplicable á estas señoras.

La suegra cataplasma visita á sus hijas por la mañana, á la tarde y á la noche.

Aconsejan al marido que lleve á su mujer á baños y que la pasee con frecuencia: le prescribe el sistema culinario que debe seguir en su casa; le exhórtan á que le vista este ó el otro sastre; quiere dirigir la colocacion de todos los muebles de la casa; toma la iniciativa en la admision ó despedida de todos los sirvientes; advierte, aun cuando se halle en el estrado, cuándo se está quemando algun guisado y á cuál otro le falta sal, y necesita, por último, que su yerno la acompañe cuando se retira por las noches á su casa, para ir explicándole por el camino las excelencias del carácter, ó de la genialidad de su querida hija, que como ella dice, es el vivo retrato de su madre:

La suegra sinapismo es la que escuece.

¿Y no saben Vds. por qué escuece?

Porque es un epigrama viviente.

Para ella, su yerno, está siempre en falta.

No hay mala condicion, que por ella no le sea atribuida.

Si sale, es que en todas partes se encuentra mejor que en su casa.

Si no sale, es un posma y un hombre cominero, que siempre está fiscalizando las operaciones domésticas.

Si habla, es un parlanchin.

Si calla, un cazarro, que presenta un aspecto como aquel á quien le deben y no le pagan.

En fin, la que en todo encuentra motivos de censura.

Las suegras de comparacion, son aquellas que le están citando continuamente al marido de su hija, el ejemplo de que Fulano, que la compró dias pasados á su mujer un aderezo, y Zutano, que cuando regresó de un viaje la trajo á la suya unos zarcillos y un vestido que dió golpe, y que el marido de ella misma, cuando eran jóvenes se entiende, no habia baile de máscaras ó de trajes en palacio, á que no la llevase á ella, y que siempre que entraba ó salía, se despedía haciéndole alguna caricia ó prodigándole un nombre de los mas tiernos, que en toda su vida habian tenido otros disgustos que los que ella ocasionaba, cuando por estar inapetente, no queria comer pavo trufado ó santillí ú otra cualquier golosina por el estilo.

Figúrense Vds. si la cosa trae malicia.

Son suegras de *nivel*, aquellas que siempre están interviniendo en los pequeños disgustos domésticos del matrimonio.

Estas señoras tienen tal intervencion por una de estas dos causas: ó porque ellas se la toman, ó porque los cónyuges se la dan, exponiéndole mutuamente sus agravios.

Generalmente es por la primera causa.

Es necesario no exasperar las pasiones de los contendientes.

Aquí del tacto de una suegra.

Es necesario erigirse como los *unionistas en ministerio de conciliacion*.

Oye las razones de las partes, y queriéndolas avenir, como es consiguiente, y sobre todo cuando la suegra es la madre de la mujer y no del marido, en cuyo primer caso, la mujer tiene que ser la parte *flaca*, declara que el marido es quien lleva la razon.

Pero al mismo tiempo, y aprovechando un instante de des-

cuido, le guiña un ojo á la esposa, que es su hija, como dicen:

¿Qué quieres que yo haga? Tu marido es un animal, lo reconozco; pero por lo mismo... Si no le doy la razon será capaz de hacer una barbaridad... ¡Ay! ¡Qué hombres! ¡Qué hombres!

Con lo que la irritada esposa, que ha comprendido perfectamente toda la elocuencia de aquella guiñadura, se calma un tanto, en atencion á las mismas consideraciones que *in pectore* hizo su mamá, y en atencion tambien á que una persona *tan imparcial* como la misma, no ha podido por menos de acatar la justicia que la asiste.

Suegras políticas, no conozco yo ninguna; dicen que las hay, y por eso las he puesto.

Suegras diplomáticas, lo son todas durante el periodo de la incubacion del matrimonio; es decir, interin se celebra el proyectado con alguna de sus hijas, que dicho sea de paso y sin dejar de hacer justicia á los atractivos de los jóvenes, casi todos se realizan en virtud de las negociaciones, notas y protocolos de las expertas y sapientísimas mamás.

Una salvedad ántes de concluir, y para que no nos arañen estas ex-hermosas mitades del género humano.

No obstante de que existen estos tipos, hemos conocido muchas suegras muy prudentes, muy justas y muy razonables.

Unas suegras, en fin, modelo de las suegras.

No crean Vds. que voy á salir con la *pata de gallo* de que son las *suegras de las rosas*; no señor: hablamos en toda puridad.

A última hora y con toda reserva.

Esto se lo digo á Vds. porque todavía estoy soltero.

Si quieren Vds. saber la solucion verdadera del enigma, diríjanse á los maridos.

CASCABELES.

¡Jesús! ¡qué nube de candidatos!

¡Apenas hay caballeros que quieran hacer la felicidad de la patria!

¡Y la patria cada vez peor!

Todos los candidatos ofrecen desinterés, abnegacion, no tomar nada, ni siquiera el sol ó el aire; economías, en fin, todas las felicidades apetecibles.

¡Ya verán Vds. cuántos hacen lo contrario despues!

Si la situacion de España no fuera tan triste, seria cosa divertida ver lo que aquí pasa, que no pasa en ninguna parte.

El Pensamiento Español se alegra de la reconciliacion de don Carlos y la señora que ocupó el trono.

Si las cosas siguen como van, si aquí no hay mas que miserias, celos, envidias y egoismo, no dudo de que *El Pensamiento* puede tener motivos para alegrarse todavía mas, andando el tiempo.

El periódico *La Iglesia* dicen que está dirigido y escrito por sacerdotes italianos.

¿Y qué defienden estos señores?

¿Acaso la candidatura del de Aosta?

En ese caso ya tiene capilla real el señorito.

Hemos recibido el número 49 de la acreditada revista quincenal que con el título de *La Guirnalda* se publica en esta corte. Además de las poesías y artículos que publica, ilustrados con preciosos grabados, reparte un gran pliego de caprichosos dibujos, cuajado de orlas, medallones y abecedarios del mejor gusto, y además una lámina de colores para bordar en cañamazo, que puede servir para banqueta, almohadon ó alfombra.

¿Cuándo se hace otra rifita de las casitas de carton de La Peninsular?

Parece que el público ha quedado muy aficionado, en vista de que en la primera las casitas le han caido á la misma sociedad. Venga, venga otra rifita.

Las Novedades, el periódico progresista mas antiguo, ha publicado un artículo, declarándose franca y lealmente por la monarquía con el señor duque de Montpensier, del que dice que no tiene mas enemigos que los carlistas, que han de ser enemigos de todo rey que no sea D. Carlos; los isabelinos, que quieren la restauracion; los republicanos, que no quieren rey ninguno, y el Sr. D. Enrique de Borbon, que tantos favores ha recibido de Montpensier, y el Sr. de Güell, enviado de D. Francisco, esposo de la señora que ocupó el trono.

En cambio, otros periódicos, ciegos por la pasion de partido, insultan á aquel principe de una manera incalificable, procurando herirle en sus mas íntimos afectos, porque á la vez que le insultan, insultan lo mismo al rey Luis Felipe, su padre, y á toda su familia.

Nosotros, que estamos dispuestos á acatar la monarquía de Montpensier ó la república, únicas soluciones serias y lógicas, no podemos ver con indiferencia que se haga en política la guerra de una manera tan poco noble y generosa.

La candidatura del comité de conciliacion liberal-monárquico, es la siguiente. Recomendando á los lectores de *EL CASCABEL*, que voten esta candidatura:

«D. Juan Prim.—D. Manuel Becerra.—D. Francisco Serrano y Dominguez.—D. Nicolás María Rivero.—D. Manuel Ruiz Zorrilla.—D. Juan Bautista Topete.—D. Práxedes Mateo Sagasta.»

Al salir de una casa de juego el otro día un amigo pegó á otro un tiro.

Dos días despues, al salir otros dos amigos de otra casita de juego, uno dió una punalada á otro.

Me parece bien.
Veo que la libertad de la barbaridad es una verdad.

La Correspondencia anuncia que la otra noche uno pegó un bayonetazo á una mujer.
¡Bonito empleo dá ese ciudadano á las armas de la patria!

Parece que en muchos pueblos se predicán ideas disolventes. Me parece muy bien.

Así como así hay mucha gente instruida en este país.
¡Pobre país!

Al clero no se le paga.

A los maestros de escuela no se les paga. No parece sino que en el programa de Cádiz se proclamó también la libertad de no pagar.

El can-can sigue en todo su esplendor.

El candidato al trono que se presentara bailando el can-can, tendría grandes probabilidades de éxito.

Parece mentira que siendo tan patriotas nos hayamos enamorado como unos tontos del can-can.

Todas son indirectas contra la direccion del patrimonio, que está dotada con 50.000 reales y coche.

Pero la direccion no se dá por aludida, y sigue prestando sus servicios con el mayor celo.

El ministro de Hacienda debe llamar á sí la tal direccion, que maldita la falta que hace.

Mas valdria que se pagara á las clases pasivas de palacio, compuestas de pobres viejos y viejecitas imposibilitadas, que no tienen que comer si no se les pagan sus mezquinas pensiones.

Se vá á abrir concurso para la acuñacion de la moneda.

Esperarse un poco, para poder poner en el cuño el gorrito republicano, y con esperar otro poco mas se podrá aprovechar el uño de ahora, con solo variar aquello de la Constitucion.

Se vá á establecer en Barcelona una asociacion titulada *El Fomento del trabajo nacional*.

El objeto de esta útil asociacion lo dice el titulo de la misma. Cataluña necesita hoy más que nunca defender los intereses de su amenazada industria, y nos adherimos completamente al

noble objeto de *El Fomento del trabajo nacional*, que puede contar con las columnas de este periódico para cuanto se dirija á la realizacion de tan buen pensamiento.

Se nos ha acercado un señor brigadier exento de servicio, manifestándonos que se hallan los de su clase imposibilitados de ejercer su derecho electoral, en razon á que en el ayuntamiento nien el ministerio de la Guerra noseles ha proporcionado las oportunas cédulas para la votacion, resultando de aquí que los soldados pueden tomar parte en el sufragio, y á los jefes y oficiales exentos se les considera de peor condicion.

Es necesario que esto se remedie inmediatamente, pues de lo contrario, se cometerá una gravísima injusticia que no debe ser tolerada, ni aun á pretexto de descuido involuntario.

¿Quieren Vds. saber qué español está hoy más satisfecho al ver la division que reina entre los elementos revolucionarios?

- ¿Prim?
- No señor.
- ¿Serrano?
- No señor.
- ¿Topete?
- No señor.
- ¿Pues quién?
- Marfori.

Todos los candidatos dicen en sus manifiestos que *sin orden* no puede haber libertad, ni gobierno posibles.

No habiendo habido orden, desde que empezaron las divisiones de los partidos, saquen Vds. la consecuencia, y díganme cuánto vá á durar la libertad.

Desde luego creimos que el gobierno dejaria á las Córtes la cuestion de libertad de cultos.

Y hace muy bien.

Esa cuestion es gravísima; los que creen que es fácil plantear la libertad de cultos así de pronto, se equivocan grandemente.

También se equivocan los libre-cambistas que no quieren esperar mejores tiempos para que triunfen sus ideas.

Hay quien quiere traer á España en clase de rey (de copas) al apreciable duque de Aosta, hijito del rey *galantuomo*.

Con decir al pueblo español que Napoleon no vé con malos ojos esta candidatura, y que elevado al trono aquel sugeto, habria probabilidades de que fuese á parar la corona de España á manos de otro Napoleon, pariente cercano del emperador, basta para que el pueblo español rechace esa candidatura, que solo se puede ocurrir á unos cuantos ambiciosos.

LA GUIRNALDA.

PERIÓDICO QUINCENAL DEDICADO AL BELLO SEXO.

Esta acreditada revista publica artículos de toda clase, ilustrados, con preciosos grabados, pliegos caprichosos para bordar al realce y lausín, con lindísimos abecedarios, láminas para crochet y cromolitografías para bordar en cañamazo, sedas, oro y felpillas y lujosos figurines grabados é iluminados expresamente para este periódico, por una de las mas acreditadas casas de París.

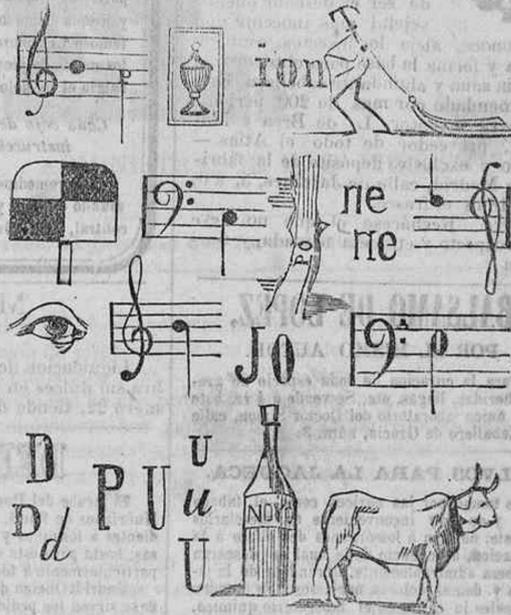
Es conveniente esta publicacion para toda persona aficionada á labores y bordados, y necesaria para las maestras de instruccion primaria.

El importe de esta suscripcion, segun *El Consultor de los Ayuntamientos*; debe ser partida abonable en el material de las escuelas, y así lo hace un gran número de municipalidades.

Se regala con la primera loteria de febrero al que se suscribiere durante el presente mes, un precioso reloj de señora, de oro de ley: una magnífica estampa de la Purísima Concepcion, de Murillo, de gran tamaño, con marco dorado, y seis suscripciones gratuitas de *La Guirnalda*, por término de un año.

Se admiten suscripciones en la administracion, Jacometrezo 7 y 9, tercero derecha, á 4 rs. al mes en Madrid y 14 rs. trimestre en provincias ó 50 rs. al año.

GEROGLÍFICO.



Imprenta de EL CASCABEL, á cargo de Diego Valero, Hileras, 4.

FOLLETIN DE EL CASCABEL.

que nada faltase á su padre, y robaba al sueño las horas para cumplir tan sagrada obligacion.

Margarita, que así se llamaba, trataba con suma bondad á sus vecinos, siempre estaba dispuesta á favorecerlos, intervenia en las contiendas que á cada paso ocurrían entre ellos, conciliando siempre y evitando tristes consecuencias, y muchas veces pasó el día sin comer un bocado, por dar su pan á algun vecino que de él tenia necesidad.

Alma grande y generosa, siempre dispuesta al sacrificio, en su pobreza hallaba modo de hacer mas bien que los poderosos y favorecidos por la fortuna.

Otra de las habitaciones la ocupaba una mujer sola y vieja, que tenia un palmito tan desagradable que siempre que el gato del tambor mayor la veía entrar ó salir, se le ponian los pelos de punta y daba unos resoplidos capaces de apagar un candil.

Esta mujer infundia respeto á todos los vecinos porque como iba tan pobremente vestida y luego apenas hablaba con nadie, todos se figuraban que era una jembra de malas costumbres, de esas que se ocupan en pervertir á las niñas inocentes.

Además, un día que salió muy precipitadamente de su cuarto, se dejó la puerta abierta y aprovechando el descuido entró el tambor mayor, incitado por su mujer, que era muy curiosa en el mal sentido de la palabra, y se hizo un calvario de cruces al encontrar un reloj de oro sobre la mesa, un collar de diamantes encima de una silla y una colección de trajes y otras cosas de mas ó menos valor, desparramadas por la habitación. En seguida tuvo conocimiento del hallazgo toda la vecindad, porque la mujer del tambor mayor no pudo contenerse y lo fué contando á los demás inquilinos, suponiendo, por supuesto con la mas sana intencion, que aquella mujer misteriosa era una *Caca*, que así formaba la c stilla del tambor mayor, el femenino de Caca.

Con tales acontecimientos creció el asombro con que era mirada por los vecinos aquella mujer, y tomó mayores proporciones el asombro en que se presentó en la casa un lacayo preciosamente vestido preguntando por la tia

Blasa, que éste era el nombre de la individua.

A las visitas del lacayo se unió la de una señora vestida de luto, y la de un jóven sin pelo de barba.

¡Cuántos comentarios se hicieron en la vecindad! ¡Quién la suponía envenenadora de oficio: quién una señora que guardaba el incógnito por los acontecimientos políticos!

Todos formaban castillos en el aire, y la saludaban con respeto cuando tropezaban con ella, y el casero se le quitaba el sombrero porque pagaba el alquiler con mas exactitud que los demás inquilinos.

Ya veremos mas adelante quién era la tia Blasa.

Un médico sin enfermos vivia en otra de las habitaciones. El pobre hombre no sabia una palabra de medicina, y, sin embargo, siempre estaba haciendo ver á los vecinos que tenia mucha parroquia, para que le llamasen cuando alguno tuviera necesidad de sus cuidados. Pero el médico tuvo la desgracia de matar á la niña mayor de una señora del piso primero, y nadie quiso bromas con él.

Este señor soñaba todas las noches en voz alta, y cuando soñaba algunas alabanzas en cualquiera puerta de aquella calle, se levantaba despavorido creyendo que le venian á avisar para asistir algun enfermo de peligro, y despertaba á los vecinos abriendo y cerrando puertas hasta que, convencido de que nadie se ocupaba de él, se volvía á la cama y componia párrafos retumbantes para una obra titulada *Ataque de la hidrofobia*, que estaba publicando por entregas.

En el cuarto inmediato al suyo vivia un prestamista muy nonrado y de mucha conciencia, que prestaba dinero sobre alhajas y ropas en buen uso, al módico interés del ciento por ciento. Todas las noches, cuando reinaba en la casa un sepulcral silencio, el prestamista se ponía el gorro de dormir, levantaba un ladrillo y sacaba saquitos de onzas, que contaba y recontaba hasta que se le apagaba la vela. Apenas se le veía salir de casa, ni los domingos iba á misa, ni vivía con él mas persona que un niño, que salía por las mañanas á comprar un bolla y medio cuartillo de leche. Todos pensaban que este señor tenia algo que ver con la tia Blasa, y le hacían la cruz

CAPITULO XIII.

La casa de la calle del Tribulete.

El hijo del sacristan no acompañó de muy buen grado á aquel hombre.

Pero como el hombre no le soltó y parecia dispuesto á obligarle á sufrir su agradable compañía, no tuvo mas remedio el jóven que andar y callar.

Llegaron á la calle del Tribulete.

La casa en que entraron recordaba los tiempos mas remotos que pueden Vds. imaginarse; debia ser la primera casa edificada en Madrid, tal era de vieja, torcida, destartada y fea.

El portal estaba empedrado caprichosamente con gujarros muy bonitos, que hacían ver las estrellas y todo el sistema planetario al infeliz que ponía los pies sobre ellos; entrábase por un pasillo largo y estrecho, todo colgado ricamente de arañas, y regado higiénicamente por las aguas, que no tenían nada de cristalinas, que de cierta alcantarilla mal compuesta salían juguetonas y se deslizaban sin murmullo, pero con un olor de todos los demonios, por el patio y el portal adelante hasta el arroyo de la calle.

Despues de recorrer el interminable pasillo del portal, se llegaba á un patio, que re-

cordaba los patios de la Alhambra, porque no se parecia en nada á estos. Era el patio cuadrado, y estaba empedrado por el mismo sistema económico que el portal, y en medio se levantaba orgulloso un pozo elegante, cuyo brocal, en ruinas y escombros, hacia pensar al erudito y al arqueólogo en la corte del rey que rabió, en cuyo tiempo debió inaugurarse aquel pozo en aquel patio. La planta baja de la casa se componia de veinticuatro habitaciones, cuyas puertas daban al patio, y que no recibían otra luz que la que les entraba por dichas puertas, que á la verdad no era mucha, ni tampoco muy clara, por lo cual aquellas habitaciones eran de la mayor conveniencia para personas que tuviesen los ojos malos ó fueran ciegos.

La vecindad que ocupaba la planta baja de aquella casa era por todo extremo selecta y distinguida.

Allí pasaban esta vida miserable las familias siguientes; que todas merecen una mencion honorífica en esta novela.

Un tambor mayor retirado con sus honores y su baston de mando y su mujer; cantinera retirada, condecorada con varias cruces



Empleado victoriosamente en el tratamiento de los CATARROS, BRONQUITIS, HEMORRAGIAS y muy poderoso en las diversas periostitis de la tisis.

Cura los espantos de sangre, las toses más crónicas, la opresión, los dolores de pecho, la alteración de la voz, los accesos nocturnos de los asmáticos y modifica las lesiones graves de los órganos respiratorios.

Depósito general en Madrid, farmacia del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 3; Borrel hermanos, Puerta del Sol; Ulzurrun, calle del Barrio-nuevo y Moreno Miquel, calle del Arenal.

A LAS MADRES DE FAMILIA

Yo exhorto á estas señoras á que hagan uso de mi aceite de bellotas para los cabellos de sus hijos (hasta los de más tierna edad) pues además de ser el descubrimiento vegetal más inocente que se conoce, aleja los insectos, quita la caspa y forma la base para obtener una limpieza sana y abundante cabellera. Está recomendado por más de 200 periódicos.—El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el Atlas—Único y exclusivo depósito de la fábrica en Madrid, calle de Jardines, 5, á 6, 12 y 18 rs. el frasco.

Nota. Recházese el que no lleve mi prospecto y etiqueta firmada, y timbrada

BALSAMO DE LOPEZ, POR EL MISMO AUTOR.

Para la curación de toda especie de granos, heridas, llagas, etc. Se vende á 4 rs. bote en el único laboratorio del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 3.

POLVOS PARA LA JAQUECA.

Se toman por las narices como el tabaco rapé, y no hay inconveniente en mezclarlos con éste; obligan á los órganos del olfato á la ventilación, á beneficio de la cual se descarga la cabeza admirablemente, librándola de la jaqueca y demás dolores nerviosos. Se venden á 3 reales la cajita en el laboratorio químico, calle del Caballero de Gracia, núm. 3.

PILDORAS Y UNGÜENTO HOLLOWAY.

PILDORAS HOLLOWAY.

Estas Pildoras son universalmente consideradas como el remedio más eficaz que se conoce en el mundo. Todas las enfermedades provienen de un mismo origen, á saber, la impureza de la sangre, la cual es el manantial de la vida. Dicha impureza es prontamente neutralizada con el uso de las Pildoras Holloway, que, limpiando el estómago y los intestinos, producen, por medio de sus propiedades balsámicas, una purificación completa de la sangre, dan tono y energía á los nervios y los músculos y fortifican la organización entera.

Las Pildoras Holloway sobresalen entre todas las medicinas por su eficacia para regularizar la digestión. Ejerciendo una acción en extremo salutar en el hígado y los riñones, ellas ordenan las secreciones, fortifican el sistema nervioso, y dan vigor al cuerpo humano en general. Aun las personas menos robustas pueden valerse, sin temor, de las virtudes fortificantes de estas Pildoras, con tal que, al emplearlas, se atengan cuidadosamente á las instrucciones contenidas en los opúsculos impresos en que vá envuelta cada caja del medicamento.

UNGÜENTO HOLLOWAY.

La ciencia de la medicina no ha producido, hasta aquí, remedio alguno que pueda compararse con el maravilloso Ungüento Holloway, el cual posee propiedades asimilativas tan extraordinarias que, desde el momento en que penetra, la sangre forma parte de ella; circulando con el fluido vital espulsa toda partícula morosa, refrigera y limpia todas las partes enfermas y sana las llagas y úlceras de todo género. Este famoso Ungüento es un curativo infalible para la escrófula, los cánceres, los tumores, los males de piernas, la rigidez de las articulaciones, el reumatismo, la gota, la neuralgia el tic-doloroso, y la parálisis.

Cada caja de Pildoras y bote de Ungüento van acompañados de amplias instrucciones en español relativas al modo de usar los medicamentos.

Los remedios se venden en cajas y botes, por todos los principales boticarios del mundo entero, y por su propietario, el PROFESOR HOLLOWAY, en su establecimiento central, 533, Oxford Street: (antes 244, Strand,) Londres.

MAZAPAN DE TOLEDO.

Liquidación de una pequeña existencia del más superior, á 4 rs. y medio libra sin dulces en caja, y 5 rs. libra en caja con mas los dulces. Montera, número 22, tienda de sedas, puertas vedes.

DENTICION DE LOS NIÑOS.

El jarabe del Doctor Delabarre, caballero de la Legion de Honor, médico del Hospital de Huérfanos de París, premiado con una medalla de oro, el único que ayuda la salida de los dientes á los niños y evita las convulsiones y demás accidentes que generalmente son sus causas; basta para esto con frotar las encías de los niños con este jarabe. Le recomendamos muy particularmente á todas las madres de familia. Precio 16 rs.

Madrid: Oficina de farmacia del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, número 3, donde se sirven los pedidos al por mayor, con rebajas proporcionadas á los demás señores farmacéuticos.

Extracto de carne,

POR LIEBIG,

EN BOTES DE 2 Y DE 4 ONZAS,

DE Á MEDIA LIBRA Y DE Á LIBRA.

Laboratorio, calle del Caballero de Gracia, número 3, MADRID.

EMBALSAMAMIENTOS.

Se advierte á los habitantes de las provincias que tuviesen la desgracia de perder alguna persona de la familia y quisieren que su cuerpo fuese embalsamado por el Doctor Simon, remitan en seguida el aviso por telégrafo á su laboratorio.

CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA, NÚM. 3, MADRID,

y tomen luego las precauciones que por igual conducto les seran comunicadas para mientras llegue aquél con sus ayudantes.

PRECIOS CONVENCIONALES.

PANACÉA DE SWAIM

LEGÍTIMA DE BRADÉLIA.

Depósito en Madrid, caballero de Gracia 3.



Recomendadas por las eminencias médicas de Europa, para combatir los padecimientos de la garganta, las anginas, el garratillo, el escorbuto, las ulceraciones y las inflamaciones de la boca. Fortifican el mal aliento, destruyen la irritación causada por el tabaco, y curan los efectos perniciosos que acarrea el mercurio en la dentadura. Son utilísimas á los Predicadores, Oradores, Profesores, Cantantes, etc., porque suavizan la voz y impiden la fatiga de la garganta.

DEPOSITOS:

En París, Dethan, farm., Faub.-Saint-Denis, 90. — En Madrid: J. Simon, caballero de Gracia, 3; Borrel hermanos, Puerta del Sol; Sanchez Ocaña, Moreno Miquel, farmacéuticos; las Perfarías: C. Gonzalo, Alcalá, 34, y Carrera de S. Gerónimo, 21; P. de Frera, Carmen, 1.

POMADA ANTI-OFTÁLMICA

de la escuela de Paracelso.

La reputación verdaderamente colosal que ha adquirido esta pomada en el espacio de más de cien años trascurre desde que la inventó su autor, hace inútil todo elogio. Basta decir, por consiguiente, que es el remedio más eficaz contra las inflamaciones de los ojos y las irritaciones de los párpados sean recientes ó crónicas, contra las escoriaciones membranosas que se forman en el ángulo del ojo, contra las manchas, el lacrimar, las ruhas, etc.

Para evitar las infinitas falsificaciones que con peligro de los pacientes se introducen en todas partes, he establecido el depósito general para España en Madrid en el laboratorio del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 3, al cual podrán dirigirse los demás señores farmacéuticos para sus pedidos al por mayor, á mi casa de Oliviers (Dordona): El armacéutico de 1.ª clase.



BALSAMO OPODELDOCH,

INGLÉS LEGÍTIMO DE STEERS.

Contra los dolores gotosos y reumáticos, parálisis, etc. Se vende á 18 rs. precio que en el único establecimiento del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 3. También los hay á 12 y 6 rs. según tamaño.

de distincion; este matrimonio era un modelo de matrimonios malos y dejados de la mano de Dios, toda vez que todo el santo día estaba el tambor mayor riñendo severamente á la cantinera y la cantinera maldiciendo al tambor mayor, de quien decía que era un Juan de las Viñas, un Juan Lanas y otros Juanes igualmente despreciables. cosas que dichas á un tambor mayor constituían una ofensa gravísima á este profesor de música ruidosa, y no solo á él sino á la clase entera de tambores mayores, que siempre han tenido fama de hombres muy echados para adelante y para atrás, según los movimientos del baston de mando. Este matrimonio tenía un hijo de la Inclusa.

—¡Hombre! dirá el lector, V. abusa.

—Pues sí señores, de la Inclusa, y me explicaré. La cantinera, desde que se casó, todo su afán era tener un niño ó dos, y aunque al tambor mayor no le gustaban los niños mucho que se diga, por complacer á su mujer también deseaba tenerlo; pero como no todo lo que se desea se tiene, pasaron cuatro años y no hubo novedad, el niño no se presentaba por mas que lo deseaba la madre, que no era madre, y el padre, que no era padre, sufría lo que no es decible con el mal humor de su mujer, y tanto y de tal modo pedía un hijo á aquella buena madre, que un día salió el tambor mayor y volvió con un niño en los brazos, y se lo entregó á su mujer, diciéndole enternecido:

—Toma, maldita, ahí tienes un hijo que no es de nadie, puesto que lo he sacado de la Inclusa. Mientras no tengamos hijos nuestros tengamos ese y haremos una obra de caridad.

La cantinera que en el fondo era un alma buena, recibió con júbilo al inocente; que es preciso tener muy pervertido el corazón para no recibir con benevolencia á un niño inocente, desgraciado, y apenas venido al mundo abandonado de sus padres.

Ya tendremos ocasion de volver á ver á este matrimonio.

En otra habitacion vivian tres señoras pero muy señoras; madre y dos hijas, que habían venido á menos despues de haber ocupado una gran posición, y que no habían

querido renunciar á la apariencia de aquella posición, por lo menos en el traje, pues las tres se presentaban todos los días en los paseos de Madrid vestidas con el mayor lujo aparente. Las pobres mujeres por sostener este lujo vergonzante, por poder llevar unos trapos miserables compuestos con arreglo á las prescripciones de la moda, ni comían ni descansaban; toda la noche la pasaban cosiendo para fuera y ganando una miseria, de la que una pequeña parte la empleaban en alimentarse malamente, y la mayor en cintajos, sombrerillos, guantes y otras superfluidades.

Esta pobre familia no se trataba con la vecindad, exceptuando á la mujer del tambor mayor que les llevaba y traía la labor de las tiendas, porque ellas jamás se hubieran atrevido á presentarse á pedir trabajo, y mucho menos á cobrar su mezzuino importe, porque su categoría no se lo permitía, siguiendo en esto el ejemplo de muchas personas de categoría que con y por su categoría se mueren de hambre, ó hacen cosas vergonzosas, que es mucho peor.

Vivia en el cuarto inmediato un cesante, que se dedicaba á escribir comedias, dramas, zarzuelas y otros escesos, con tal afán, digno de mejor suerte, que todo el día se lo pasaba discurriendo horribles planes y recitando en voz alta las escenas más notables que escribía, con lo cual daba mucho que reír á la vecindad, que se asomaba á todas las puertas cuando le oía declamar, y apenas concluía le saludaba con una salva de silbidos y carcajadas; y entonces el hombre se echaba al patio con los papeles en la mano y la pluma en la oreja, y procuraba convencer al ilustrado concurso del relevante mérito de sus composiciones dramáticas, concluyendo siempre su peroracion con este apóstrofo:

—Pero á qué me canso en hablar de lo que Vds. no entienden. No se hizo la miel para la boca del asno.

Y se metió gravemente en su cuarto á seguir escribiendo, ó á vestirse para salir á su diaria visita á todos los empresarios de Madrid, de quienes solicitaba el honor de que le echaran una comedia suya, y aun les ofrecía contratarla por cuatro pesetas diarias para abastecerles el teatro de comedias y dramas

y zarzuelas de todos los gustos y de todos los géneros conocidos, ó mejor dicho, desconocidos, pues cosas como las que escribía el cesante no se habían conocido jamás en ningún teatro del mundo; y no dejaba en paz ni aun al empresario del teatro de la Opera, á quien ofrecía, en lugar de las tan oídas óperas italianas, óperas españolas, compuestas por él con música y todo, y que tenían, según él, la ventaja de que no había necesidad de saber italiano para entenderlas, y la verdad era que no hubiese habido medio de entenderlas, aun sabiendo todas las lenguas vivas y muertas.

En otro cuarto vivía un tenor serio sin voz, que cantaba de bajo en el *café de Euterpe*, en la Ribera de Curtidores, y en el verano solía salir contratado de corista en alguna compañía de zarzuela bufa, destinada á recorrer los teatros de Guadalupe, Jadraque, Paracuellos y otros no menos importantes, donde recogió gran cosecha de aplausos, porque, aunque él como corista cantaba siempre en union de sus compañeros del distinguido cuerpo, hallaba siempre medio de sobresalir y llamar la atención, ya soltando un gallito en medio del canto más lúgubre y aterrador, ó saludando al público con cierta coquetaría, ó accionando de una manera inusitada, para dar mas energía y expresion al canto.

Este hombre, que solo tenía que hacer de noche, estaba todo el día en casa, cantando de una manera muy lúgubre, parecida á la que tienen de ahullar los perros que huelen carne muerta, según la opinion del vulgo.

Montañeses, la noche sombría nos infunde misterio y valor; por las libres montañas de Hungría den las trompas tu lélico son.

El tenor tenía de huésped un músico que, en su tiempo de gloria, había sido un gran profesor, y había quedado reducido, de desgracia en desgracia, á la modesta posición de redoblante de una murga.

Este músico no conocía mas que un libro, que era, por decirlo así, su libro de texto, el calendario, que siempre llevaba consigo, para saber todos los días el santo, y poder dirigir con acierto sus operaciones, porque ade-

más de redoblante, era director de la murga, como profesor mas antiguo, y con cedor mas práctico del vecindario de Madrid.

El tenor y el redoblante solían tener sus mas y sus menos, porque amigos solían volver por la noche acompañados de su correspondiente turca, y mientras el tenor tenía el vino mas triste del mundo, el redoblante lo tenía alegre en demasia, y sucedía que á tiempo que el tenor lloraba las miserias de este mundo, y con lágrimas como puños lamentaba sus extravíos, el redoblante cantaba que se las pelaba y se reía y alborotaba de tal modo, que no dejaba sosegar á la vecindad, é interrumpía las graves meditaciones de su compañero de habitacion, y el altercado entre ambos duraba hasta que se dormían, único tiempo en que estaba de acuerdo, rompiendo ambos con la mas estrepitosa y descomunal armonía.

En otra habitacion vivian dos seres que aquella desgarrada vecindad veía siempre con respeto y trataba con cierta consideracion.

Eran un padre y una hija. El padre era anciano y paralítico.

La hija bella y jóven. Aquel era un hombre de un carácter ambiguo, que trataba con dura injusticia á todo el mundo, y principalmente á su hija.

Esta era un ángel de Dios, humilde, cariñosa, sufrida, laboriosa é idólatra de su padre, á quien cuidaba como á un niño, haciendo como que no oía las horribles imprecaciones, las continuas maldiciones de aquel hombre, tan mal avenido con la desgracia, y que con tan poca paciencia sufría la horrible enfermedad que le tenía postrado en aquella butaca, comprada para él por su hija á costa de muchas noches de vela y de mucho trabajo.

Aquella santa mujer era, no hija, sino esclava de su padre; ella le vestía, le desnudaba, le hacía la comida y le daba de comer los mas delicados manjares, que el paralítico egoísta devoraba, mientras ella se alimentaba solamente con un pedazo de pan, con unas patatas, cuando tenía tiempo de guisarlas, que no lo tenía siempre, porque además del cuidado de su padre, había de trabajar para